12085

Marzo 3/70

BELENES,

ESCENAS ORIGINALES DE LA VIDA DE UN SOLTERO,

COLECCIONADAS EN TRES ACTOS

É HILVANADAS EN VERSO POR

DON EDUARDO DE LUSTONÓ.

MADRID.
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1870.

L47 - 5864

C47-5864

BELENES.

José Rodriguez

55-5

BELENES,

ESCENAS ORIGINALES DE LA VIDA DE UN SOLTERÓN,

COLECCIONADAS EN TRES ACTOS

É HILVANADAS EN VERSO POR

DON EDUARDO DE LUSTONÓ.

Representadas por primera vez, con extraordinario éxito, en el Teatro de Lope de Rueda, el 24 de Enero de 1870.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA BELEN.....	D.ª Manuela Ramos.
LUISA.....	Amalia Gutierrez.
SOFÍA.....	Felipa Diaz.
DIANA 1.ª.....	Vicenta Sierra.
IDEM 2.ª.....	Concepcion Alvarez.
IDEM 3.ª.....	Jacinta Cruz.
CRIADA.....	Emilia Vallarino.
JUAN.....	D. Emilio Mario.
DIEGO.....	Ricardo Morales.
POLLO 1.º.....	Manuel Ossorio.
IDEM 2.º.....	Juan Lopez Benetti.
MOZO 1.º.....	Ramon Benedí.
IDEM 2.º.....	Manuel Ruiz.
IDEM 3.º.....	Isidoro Bardo.
CALAVERA 1.º.....	Julio Fuentes.
IDEM 2.º.....	N. N.

Accion contemporánea.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Liricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SR. DON EMILIO MARIO.

Para las personas que hayan asistido á la representacion de mi obra, no es un misterio que á V., y sólo á V. debe la lisonjera acogida de que ha sido objeto. Al ofrecerle, pues, su dedicatoria, no hago más que devolverle lo que de justicia le pertenece.

Hecha esta restitucion en descargo de mi conciencia, sólo me falta declarar mi agradecimiento á todos los actores que le han ayudado en su desempeño, y especialmente á la Sra. Doña Felipa Diaz y los Sres. D. Manuel Ossorio y don Juan Lopez Benetti, que han hecho en mi obsequio papeles de tan insignificante importancia, á cuyo favor les quedaré siempre reconocido.

Sírvase V. hacerles presente estos sentimientos, en nombre de su amigo

E. de Lustonó.

ACTO PRIMERO.

Sala de recibo en casa de doña Belen. Á la izquierda y en primer término una puerta vidriera. Á un lado y á otro puertas practicables. Al foro otra que figura ser la que conduce á la calle.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO y JUAN que salen por la segunda puerta de la izquierda.

DIEGO. Si esto parece comedia
de las de capa y espada.
JUAN. Pero por dónde han entrado?
DIEGO. Acaso por la ventana...
JUAN. Pero hombre, si es tercer piso!
DIEGO. Es verdad, no me acordaba.
Pues entónces...
JUAN. Chico, aquí
debe existir una trama,
y como descubra el hilo
desenredo la maraña.
DIEGO. Si esto ya parece burla.
JUAN. La puerta estaba cerrada
y la llave en mi bolsillo.
DIEGO. Examinemos con calma.
JUAN. Acaso esta puerta... (Señalando á la vidriera.)
DIEGO. No.

¿No ves que está condenada?
JUAN. La cómoda...
DIEGO. Para entrar
tendrian que retirarla.
JUAN. Eso es fácil.
DIEGO. Sí, mas luego,
dime, como se arreglaban
para ponerla en su sitio?
JUAN. Tienes razon, pero calla.
¿Tendrán acaso otra llave?
DIEGO. Eso es más fácil.
JUAN. Pues nada,
voy á poner un candado
y así la broma se acaba.
DIEGO. Mas ántes di, ¿no sospechas
quién pueda ser?
JUAN. En la casa
no hay más mujeres que tres;
esa señora que acaba
de tomar el gabinete,
la patrona y la criada.
Acaso doña Belen...
DIEGO. Ten más respeto á sus canas.
JUAN. Es que á pesar de sus años
aun los belenes la agradan.
Pero no es ella, porque ella
se indica más á las claras.
Á mí me consta.
DIEGO. De veras?
JUAN. Ojalá no me constara.
Mas la criadita, tal vez
le hayas caido tú en gracia.
Y ahora que caigo, sí, justo,
recuerdo que te miraba
de un modo... vamos, de fijo
le gustas á esa muchacha,
y es andaluza.
DIEGO. Pero hombre!
JUAN. Debe tener una labia!
Ah! bribon, qué suerte tienes!
DIEGO. Calla por Dios. Si no hablas
con formalidad me marcho.

Cómo ha de ser la criada
la que gaste estos pañuelos? (Saca uno.)

JUAN. Volvamos á ver la marca.
L. C., chico, no caigo.

DIEGO. Mi opinion es, si te agrada,
que le demos tiempo al tiempo
á ver si este nos aclara
el misterio.

JUAN. Como quieras.

DIEGO. De todos modos mi alma
no podria pagar...

JUAN. Diego,
¿volvemos ya á las andadas?
Con tu sentimentalismo,
chico, me aburres, me cargas.
Irse á enamorar ahora
y á enamorar como un mándria
de una mujer que no has visto
más que una vez!

DIEGO. Pero...

JUAN. Nada.
Tú sabes quién es? ¿Acaso
sabes dónde está su casa?
¿La has vuelto á ver desde entónces?
Fácil es que la encontraras
y no la reconocieras.

DIEGO. Oh! no, que tengo grabadas
sus facciones en mi pecho.

JUAN. Sublime!

DIEGO. Te burlas?

JUAN. Hablas
de un modo que sólo á broma
debo tomar tus palabras.
Tú no has visto á esa mujer
sino á bien larga distancia,
una noche en el Real
oyendo la *Traviatta*.
Ella se hallaba en platea,
deslumbrante con sus galas,
y tú estabas á una altura
que dominabas la araña.
Si á esto añado que tú tienes...

DIEGO. El qué?
JUAN. La vista cansada
y que no ves sin quevedos,
(lo cual es una desgracia)
y aquella noche olvidados
te los dejastes en casa,
que eres poeta bucólico
como lo indica tu facha,
capaz de poetizar
hasta las mismas patatas,
que de un nada haces un mucho
y de un mucho haces un nada;
¿cómo he de tomar en serio
lo que sólo risa causa?
Chico, la escuela idealista
en este siglo está en baja,
hoy sólo al materialismo
la sociedad rinde párias.
No sueñes más, caro Diego,
despierta: ve que te hallas
en el siglo de las luces,
donde si bien lo reparas,
hasta el amor se cotiza
y tiene un precio en la plaza.
DIEGO. Calla por Dios, que aun en broma
me lastiman tus palabras.
JUAN. (Mirando por la puerta derecha.)
La patrona! Chico, huyamos!
DIEGO. Pero por qué?
JUAN. Vamos, anda.

(Juan toma su sombrero y le alarga el suyo á Diego. Ambos se lo ponen y se dirigen á la puerta del foro al mismo tiempo que aparece Doña Belen en la puerta de la derecha.)

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA BELEN.

BELEN. Muy buenos dias.
JUAN y DIEGO. Felices!
BELEN. Van ustedes á salir?

JUAN. Sí, señora, pero pronto
daremos la vuelta aquí.
BELEN. Es que tengo que decirles...
JUAN. (Ya te veo de venir.)
BELEN. Es cosa de dos minutos.
JUAN Aun cuando fuera de mil,
usté es muy dueña.
BELEN. Mil gracias.
JUAN. (Esta nos viene á pedir.)
BELEN. Pues es el caso, don Juan,
que hace un mes...
JUAN. Comprendo.
BELEN. Y
están las cosas tan malas,
que una no puede suplir...
DIEGO. Eso es verdad.
BELEN. Ya usté ve.
JUAN. (Cállate y déjame á mí.) (Á Diego.)
Tiene usté mucha razon,
la situacion del pais
es bastante mala.
DIEGO. Justo.
Siempre temiendo un motin!
JUAN. Pues, y la nuestra? la nuestra,
calcule usté por ahí.
Hace un mes que espera carta
este, de Valladolid,
y aun no ha llegado, de modo
que no hay un maravedí.
De mi casa no me mandan
por más que mando á pedir,
y ya sabe usté que un duro
no se halla en todo Madrid.
Así pues, doña Belen,
comprendiéndolo usté así,
debe usté de dispensarnos,
esto ha de tener un fin,
y nosotros cumpliremos
como debemos cumplir.
BELEN. Así lo espero, más yo
no puedo, don Juan...
JUAN. (Aquí

de mi supremo recurso.)
Bellísimo Serafin, (Bajo á Doña Belen.)
apiádate cariñosa
del que está muerto por tí.

BELEN. Mal se conoce, bribon!

JUAN. Calla, que lo puede oir
mi amigo, y si se enterase...
Luego hablaremos.

BELEN. Sí?

JUAN. Sí.
Y haremos las paces.

BELEN. Pillo! (Muy dengosa.)

JUAN. (Soy más valiente que el Cid.)

BELEN. Señor don Diego, despues
de lo que acabo de oir
á don Juan, sólo me resta
decirle á ustedes, que aquí
están en su propia casa,
porque doña Belen Gil,
viuda del intendente
don Pedro Pascual Marin,
siempre ha sido una señora,
aun cuando la suerte vil
la ha conducido al estado
en que hoy se encuentra, es decir,
que no soy una patrona
como las de por ahí,
que tengo mi alma en mi almario,
(Mirando amorosamente á Juan.)
y no puedo permitir,
el que se apuren ustedes
encontrándome yo aquí.

DIEGO. Mil gracias. (Dí, qué le has dicho?)
(Á Juan.)

JUAN. (Me sacrifiqué.)

DIEGO. (¡Infeliz!)

BELEN. Todo lo que tengo es suyo.

DIEGO. (Chico, se va á derretir.)

JUAN. (¡Ay pupilaje, cuán caro
me cuestas!)

DIEGO. Vámonos?

JUAN. Sí.

DIEGO. Hasta luego.
BELEN. (Adios, pimpollo.) (Á Juan.)
JUAN. (Si de esta escapo...) ¡Á vivir!

ESCENA III.

DOÑA BELEN.

Vamos, está visto, tengo
el corazon de manteca.
Como él es jóven y guapo,
y una ya se ve, desea
casarse, y es natural,
al cabo no soy tan vieja.
Ya he cumplido los dos duros;
pero me conservo fresca,
y todo lo más que puedo
representar serán treinta.
Edad en que nos hallamos
en la flor de la existencia,
en que una ya está formada
y sabe lo que se pesca.
La mujer de quince á veinte
más que mujer es muñeca;
no sabe lo que es el mundo,
así es que camina á tientas.
Pero la que como yo,
corrió la Ceca y la Meca,
y sabe lo que son hombres,
porque los tuvo bien cerca,
esa aprecia lo que valen,
porque la sábia experiencia
nos demuestra que sin ellos
no somos nada en la tierra.
Mi Juan es un guapo chico,
si se quiere algo tronera,
tiene salidas bien malas;
pero qué entradas tan buenas!
Y aunque de su pupilaje
aun no he visto dos pesetas,
(Suena una campanilla.)
por algo dice el refran;

no hay mal que por bien no venga.

ESCENA IV.

DOÑA BELEN y SOFÍA.

Doña Belen se dirige á la puerta de la derecha al mismo tiempo que aparece en ella Sofía.

BELEN. Llamaba usted?
SOFIA. Sí, señora.
BELEN. Como no está la criada,
iba á entrar...
SOFIA. Cómo! no ha vuelto?
BELEN. No, señora.
SOFIA. Cuánto tarda!
BELEN. No mucho.
SOFIA. Qué dice usted?
Si hace ya dos horas largas
que la mandé me trajese
unos botes de pomada
de casa de Frera...
BELEN. Y bien...
SOFIA. Que está á dos pasos de casa.
BELEN. Señora, bien se conoce
que hace poco que se halla
usté en Madrid, cuando ignora
lo que aquí son las criadas.
La ha mandado usté á la calle?
pues tómelo usté con calma,
ya vendrá, quiére decir
que si no hoy, mañana.
Y usté se encuentra contenta
aquí? vamos, sea usté franca.
SOFIA. Sí, señora.
BELEN. Pues me alegro.
Ya le advertí que mi casa
aunque de huéspedes, es
como ha visto sosegada.
Que no pasa lo que en otras,
que uno grita, el otro canta,
este viene á media noche,

aquel se levanta al alba,
que hay disputas y belenes,
que la comida anda escasa,
que el servicio no es muy limpio,
que en las alcobas hay plaga
de chinches, y en fin, mil cosas
que por sabidas se callan.
Solos dos huéspedes tengo
que habitan en esa sala,
(Señalando á la izquierda.)
ya creo que los ha visto.

SOFIA. Sí, ayer tarde. (Por desgracia.)

BELEN. Son dos jóvenes juiciosos
de los que ya no se gastan;
siempre estudiando, estudiando...
qué han de darles calabazas
los profesores, si saben
ellos más que media España,
por lo ménos si yo fuera,
crea usté que no se las daba.
Y qué guapos son, qué guapos!
sobre todo el de las barbas.

SOFIA. El de las barbas?... (Con interés.)

BELEN. Sí, Juan,
qué figura tan gallarda!
Yo conozco más de una...

SOFIA. Eh! (Con sobresalto.)

BELEN. Que le ha caido en gracia.

SOFIA. Qué dice usted? (Suena una campanilla.)

BELEN. (Tente lengua!
Ya iba á descubrir...) Ay, llaman,
voy á abrir con su permiso,
tal vez sea la criada. (Váse.)

ESCENA V.

SOFÍA.

Habrá sospechado?... No!
¿Entónces por qué me hablaba
del huesped?... si parecia
estar leyendo en mi alma!

Alguien viene, ¿será él?
abandonemos la sala. (Váse.)

ESCENA VI.

DOÑA BELEN y LUISA, saliendo por el foro.

LUISA. Ya estoy aquí, no dirás
que he faltado á mi promesa.
BELEN. No en verdad.
LUISA. ¿Qué tal la noche?
BELEN. No la he pasado muy buena.
Escribió tu padre?
LUISA. Sí;
hoy escribe cuatro letras
diciéndome que muy pronto
dará por aquí la vuelta.
BELEN. Me alegro.
LUISA. Y yo no.
BELEN. Por qué?
LUISA. Porque entónces aunque quiera
no podré venir á verte
como ahora. La marquesa
mi tia se cuida tanto
de mí, que ya ves, me deja
en completa libertad
de hacer lo que me parezca.
No así mi padre, ya sabes
que cuando en Madrid se encuentra
sólo permite que vaya
desde mi casa á la iglesia.
BELEN. Y eso te pesa?
LUISA. Pues no?
¿Á quién, Belen, no le pesa
estar á los veinte años
en clausura tan estrecha?
BELEN. Tienes razon.
LUISA. Ya tú ves
las relaciones que median
desde antiguo entre nosotras;
tu padre y mi esposo eran
compañeros de la infancia.

Respecto á tí, si recuerdas
en mi niñez me servistes
de madre.

BELEN. (Interrumpiéndola.) De compañera!
Si era entónces una niña
que jugaba á las muñecas.

LUISA. Pero no estabas casada?

BELEN. Sí, pero contaba apenas
doce años.

LUISA. Pues sin embargo,
muy pocas veces me deja
mi padre venir á verte
á pesar de que te aprecia.

BELEN. Pero en cambio lo desquitas
en cuanto se marcha fuera.

LUISA. No dirás que no te quiero.

BELEN. Pero ven acá, confiesa,
es solo por verme á mí
por lo que vienes?

LUISA. Qué idea
si no, pudiera traerme
á tu casa?

BELEN. Picaruela!
¿Crees que no he conocido
que te ha gustado el poeta?
Baja los ojos, ¿por qué,
acaso te da vergüenza
el confesar, ó es que temes
que yo te riña? No temas,
en mí siempre en estos casos
encontrarás indulgencia.
Y es natural, ya tú ves
que mi edad es tan provecta,
y aún mi corazon palpita
y puede en sus entretelas
esconder un amor como
el que tú esconder pudieras.
No digo que si tú amases
al otro, no me opusiera,
porque al fin y al cabo, el otro
es una mala cabeza.
Pero su amigo, al contrario,

es enemigo de grescas,
es estudioso y bien pronto
va á concluir su carrera.
Y aunque tú por tu hermosura,
y ademas por tus riquezas,
puedes aspirar á más
que á unirte con un poeta,
el amor no reconoce
ni clases ni conveniencias,
así pues, si tú le quieres
y al fin tu mano le entregas,
Dios os haga tan felices
como esta pobre desea.

LUISA. Negar que quiero á ese jóven
tras de lo que has dicho, fuera
en mí no corresponder
como debo á tu franqueza.
Aparte de esto, bien sabes
que él no me ha visto siquiera,
y que mi mayor deseo
consiste en que no me vea
hasta lograr inspirarle
una pasion novelesca.
Esta es la verdad de todo,
este el amor que me fuerza
á venir contínuamente
disfrazada á tu vivienda,
por temor de que descubra,
algun otro mi flaqueza.

BELEN. No temas, yo te prometo
por mi parte la reserva,
y si acaso te encontrasen
aquí, pues fingir es fuerza,
sólo serás para todos
nada más que costurera.

LUISA. Gracias te doy.

BELEN. Deja á un lado
cumplidos, y mientras llegan,
si es que algo quieres dejar
en su cuarto, date priesa.

LUISA. Esta carta solamente. (Saca una carta.)

BELEN. Pues han cerrado la puerta.

(Tratando de abrir la puerta que figura dar al cuarto de Juan y Diego.)

LUISA. No importa, por esta otra.
Ayúdame.

BELEN. ¡Lo que inventa
el amor!

LUISA. Mientras yo entro
en el cuarto ponte alerta.

(Al decir Luisa *por esta otra*, se dirige á la puerta vidriera, que estará como se ha marcado al principio, en primer término á la izquierda. Levantará el pestillo, y al abrir sus hojas hácia fuera dejará ver por la parte interior una cómoda, que retirará ayudada por Doña Belen. Al entrar en el cuarto Luisa, Doña Belen se dirige á la puerta del foro para avisar si llega álguien.)

BELEN. No tardes.

LUISA. (Dentro.) Qué he de tardar!

BELEN. Ay Dios mio, si vinieran!
Vamos, despacha.

LUISA. Si estoy
buscando su papelera.

BELEN. Que vienen! Sal en seguida.
Ya es tarde, cierra la puerta.

(Al decir esto Doña Belen baja al proscenio. Luisa sale á escena y cierra la puerta vidriera. Juan aparece en el foro.)

ESCENA VI.

LUISA, DOÑA BELEN, JUAN.

JUAN. (No está sola, pues me alegro.)

LUISA. (Ay Vírgen de la Almudena!)

BELEN. (Si llega á entrar y la coge!...)

JUAN. Ya nos tiene usté de vuelta.

BELEN. Y don Diego?

JUAN. Se ha quedado
hablando en las escaleras
con don Roque, ese que habita
el principal de la izquierda.
(Á doña Belen.) Dime, ¿quién es esa prójima?
es acaso alguna huéspeda?

BELEN. Esta jóven que aquí ves
es una pobre doncella
que vive de lo que cose.
LUISA. (Cómo me mira!)
JUAN. (Y no es fea.)
Será necesario hacer
algo...
BELEN. Qué dices?
JUAN. Por ella.
Á propósito yo tengo
tres camisas sin pecheras
y aprovecho la ocasion
para...
BELEN. (No seas calavera,
lo que tú quieres yo bien
sospecho.
JUAN. Mas qué sospechas?
BELEN. Nada.) (Á Luisa.) Pasa tú á ese cuarto
donde hallarás varias prendas
que remendar.
LUISA. Voy, señora.
(Váse por la derecha.)
JUAN. (Qué modosita.) Ahora es ella.
(Durante toda esta escena Juan no cesará de dirigir miradas á Luisa sorprendiéndolas Doña Belen. Al retirarse aquella, Juan la quiere seguir y Doña Belen le detiene.)

ESCENA VII.

DOÑA BELEN, JUAN.

JUAN. Ya hemos podido lograr
vernos á solas.
BELEN. (Furiosa.) Indino!
¿Crees hacerme comulgar...
JUAN. Qué?
BELEN. Con ruedas de molino?
JUAN. ¿Pero por qué te incomodas?
BELEN. No me engañas, calavera.
¿Conque á tí te gustan todas,
como dice la habanera?

Conque no tienes bastante
con mi amor?...

JUAN. Pero mujer!

BELEN. Si no fuera yo, tunante,
¿quién te diera de comer?

JUAN. Te callarás?...

BELEN. No me callo,
eso quisieras, truhan,
que haces del mundo un serrallo
y te eriges en sultan.
La costurera...

JUAN. Por Cristo!

BELEN. Jura y pon el ceño adusto.
Lo he visto.

JUAN. ¿Pero qué has visto?

BELEN. Si aun te relames de gusto!

JUAN. (Me dan unas tentaciones!)
Tú ves visiones.

BELEN. Bribon,
tú eres el que ves visiones.

JUAN. (Mirándola á ella.) Pues casi tienes razon!

BELEN. Tu mal pago es bien notorio
á mi cariñoso afan.
¡Ay Juan, eres un Tenorio,
eres un Tenorio, Juan.
Siempre andando con belenes
y en francachelas y en baile...

JUAN. Demasiadas pruebas tienes
que no nací para fraile.

BELEN. Precisamente está el quid
en eso.

JUAN. Pues dime ¿quién
tal como hoy está Madrid
no tienes más de un belen?
Hoy todos tenemos, todos.

BELEN. Eso no es más que un sofisma.

JUAN. Se hallan tantos acomodos!
Pregúntatelo á tí misma.

BELEN. Eso lo dices aposta,
pero á mí no me la das,
quieres quedar bien á costa...

JUAN. A costa?

BELEN. De los demas.
JUAN. (Señor, que no caiga un rayo!)
Escucha!
BELEN. No escucho nada.
JUAN. Yo haré de mi capa un sayo.
BELEN. Si la tienes empeñada!
JUAN. Acabemos la querella.
BELEN. Eso quisieras, infiel.
JUAN. ¡Ay si tú no fueras ella!
BELEN. ¡Ay si tú no fueras él!
JUAN. No te convencen razones
y de mi paciencia abusas!
BELEN. ¡Si tuviese pantalones!
JUAN. ¿Acaso ya no los usas?
BELEN. Pero yo te pondré coto.
¿No escuchas?
JUAN. Sí que te escucho.
BELEN. Hoy nuestros lazos se han roto.
JUAN. Pues hija, me alegro mucho.
BELEN. Y que eso digas, bribon!
No sé cómo me contengo.
Vuélveme mi corazon.
JUAN. Señora, yo no lo tengo.
BELEN. Esto más! La ira me abrasa!
Casi estaba por ahogarte!
JUAN. Pronto me iré de esta casa
con la música á otra parte.
BELEN. Tú me pones en un potro!
De veras te irás?
JUAN. De veras.
Ya puede usted buscar otro
que tenga mis tragaderas.

ESCENA VIII.

DICHOS y DIEGO.

Al decir Juan el último verso de la escena anterior, se dirige apresuradamente, con el sombrero puesto, á la puerta del foro, en la cual aparece Diego. Juan tropieza con él, y sin hacerle caso desaparece corriendo. Doña Belen cae medio desmayada en una butaca. LUISA aparece por la puerta de la derecha.

DIEGO. Dónde vas? (Á Juan.)
(Viendo á Doña Belen.) Qué es lo que pasa?
Alguna nueva querella?
BELEN. Que se nos marcha de casa!
LUISA. (Saliendo y viendo á Diego.)
Ah!
DIEGO. (Viéndola.) Gran Dios!
LUISA. Es él.
DIEGO. Es ella.
BELEN. Deténgale usted.
DIEGO. (No estoy
soñando? No es ilusion?)
BELEN. No me hace caso! Pues voy
á ver si por el balcon!... (Váse.)

ESCENA IX.

LUISA y DIEGO. Éste al ver desaparecer á Doña Belen, se dirige á Luisa y la detiene.

LUISA. ¿Qué hace usted?
DIEGO. Ya logré verte.
(La coge una mano.)
LUISA. Suélteme usted.
DIEGO. Bobería!
LUISA. Que grito!
DIEGO. Grita, hija mia,
y yo gritaré más fuerte.
LUISA. Déjeme usted.
DIEGO. Es en vano.
LUISA. En qué le dí pie no sé...

DIEGO. Sí tal, tú me diste pie
y yo me tomo la mano.
¿Te parece que es razon
sacarme de mis casillas,
y venir aquí á hurtadillas
á hurtarme mi corazon?
LUISA. Suplico á usted ante todo
deje ese tono indiscreto,
porque es faltarme al respeto
tutearme de ese modo.
DIEGO. Pues qué, ¡voto á Belcebú!
quieres que te hable de vos?
Yo respeto mucho á Dios
y siempre le hablo de tú.
LUISA. (Pugnando por desasirse de Diego.)
Caballero, esto ya es harto.
DIEGO. No, si de aquí no te apartas.
Tú eres quien me escribe cartas
y me las deja en mi cuarto.
Y entra y sale, y viene y va,
y yo busco y nunca toco,
y me está volviendo loco
si es que no me ha vuelto ya.
LUISA. (Ap.) Me ama!
DIEGO. Tú quien ha encendido
mi corazon ántes yerto;
tú, á la que llamo despierto;
tú, con quien sueño dormido.
Angel, sirena ó mujer
que mi corazon adora,
fantasma que se evapora
cuando le voy á coger.
¿A qué viene ese desvio
si te consta mi pasion?
Dime si tu corazon
siente lo que siente el mio.
Basta ya de fingimiento.
LUISA. Suelte usted.
DIEGO. Antes contesta.
LUISA. Oh, no!
DIEGO. Sin darme respuesta
no sales de este aposento.

LUISA. (Ap.) (Qué hacer?)
DIEGO. Depon tus enojos;
y pues mi amor te provoca,
haz que no niegue tu boca
lo que confiesan tus ojos.
LUISA. Diego!
DIEGO. Qué escucho?
LUISA. (Arrepentida de haber pronunciado el nombre de él.)
Ay de mí!
DIEGO. Tú mi nombre has pronunciado!
Ah! no hay duda, soy amado.
LUISA. Dejadme.
DIEGO. ¿No es verdad?
LUISA. (Dejándose llevar de su pasion.) Sí.
DIEGO. Oh encantadora mujer! (La besa la mano.)
LUISA. Suelta.
DIEGO. Qué mal hay en esto?
LUISA. Que viene gente. Muy presto
nos volveremes á ver.
(Luisa desaparece corriendo por la derecha, á tiempo que entra Juan por el foro.)

ESCENA X.

JUAN, DIEGO, al verle corre hácia él loco de alegria.

DIEGO. Me ama, chico.
JUAN. Te convences?
DIEGO. No es sueño, no es ilusion.
Ella misma me lo acaba
de decir.
JUAN. Gracias á Dios!
Y por lo que veo tú
correspondes á su amor.
DIEGO. ¿No te lo he dicho cien veces?
JUAN. Al contrario, gran bribon,
me lo has negado otras tantas.
DIEGO. Yo negártelo?
JUAN. Pues no!
Siempre que yo te decia:
aprovecha una ocasion,
porque esa chica te quiere,

y podeis entre los dos
hacer algo, me llamabas
visionero, soñador.
Y eso que ella diariamente
bien á entender te lo dió
cantando aquello, no sé
si es de Serra ó Camprodon. (Canta.)
«Si es mi sino achicharrarme
á la lumbre de un fogon,
déjame que me achicharre
de tus ojos al calor.»

DIEGO. ¿Pero de qué mujer hablas?

JUAN. De quién ha de ser, sino
de la criada?

DIEGO. Por vida!
Estás tocando el violon.
Si no es ella.

JUAN. Pues quién es?

DIEGO. Es el ángel que soñó
mi exaltada fantasía,
es la célica vision...

JUAN. Vamos, vuelves á lo mismo?
Tú estás loco.

DIEGO. Loco estoy,
pero es de placer.

JUAN. Mas cómo
quieres tú que crea yo,
que la que por su belleza,
al par que por su esplendor,
de lo mejor de Madrid
logró llamar la atencion,
venga á esta casa de huéspedes
donde habitamos los dos,
con vestido de percal
á declararte su amor.

DIEGO. Tienes razon, yo estoy loco.

JUAN. Vaya si tengo razon!

DIEGO. Pero si es tan parecida!

JUAN. Se parece? Pues mejor
para tí, porque esa chica,
por lo que al entrar ví yo,
no es corta de génio, vaya,

si hablaba con un calor!
Solo la ví por detrás,
y al pronto me pareció
la criada; te aconsejo
que aproveches la ocasion.
Sabes quién es? ¿Dónde vive?
¿Te dijo su nombre?

DIEGO. No.

JUAN. Pues no hay duda, te has lucido.

DIEGO. Llegaste en una ocasion
que no me dió tiempo á nada;
pero ella me prometió
volverme á ver cuanto ántes.

JUAN. Pues vamos á otra cuestion.
Yo vengo por mi maleta,
haz la tuya y vámonos.

DIEGO. Qué dices?

JUAN. Que hará una hora
he tenido una cuestion
con doña Belen, y aquí
hablando claro, aunque no
haya visto un cuarto nuestro,
como remuneracion
lo que me cuesta ella á mí,
tan solo lo sabe Dios.
Pero ya estoy decidido,
me he cansado y se acabó,
emigramos.

DIEGO. Pero á dónde?
No hay un cuarto!

JUAN. Esto es atroz!
Ah, qué idea! Empeñaremos...

DIEGO. Empeñar?

JUAN. Sí, tu reloj.

DIEGO. Pero si hace ya dos meses
lo ménos que se empeñó.

JUAN. No me acordaba! ¿Hasta cuándo
durará esta situacion?

DIEGO. Ademas que yo no puedo
abandonar á mi amor;
quién sabe si en otro lado
tendriamos ocasion...

Haz las paces, pobre amigo,
la patrona bien sé yo
que al fin te perdonará,
dale una satisfaccion.

JUAN. Si al cabo se contentase
con una, más querrá dos,
me tiene sacrificado
y no me deja ni á sol
ni á sombra.

DIEGO. Yo te lo ruego.

JUAN. Bien, lo haré por tí.

DIEGO. Pues voy
á escribir á mi familia
por si ablando el corazon
de mi padre y me remite
dinero.

JUAN. Quiéralo Dios!

(Diego abre la puerta de la izquierda y entra en e cuarto.)

ESCENA XI.

JUAN.

Comer ó no comer, hé aquí el problema:
el hambre no razona,
inventaré cualquier extratagema
que calme los enojos
de mi celosa y púdica jamona;
y pues ello ha de ser, cierro los ojos,
y Dios me tome en cuenta á la patrona.

ESCENA XII.

JUANA, la CRIADA.

CRIADA. Señorito!

JUAN. Qué se ofrece?

CRIADA. Está su amigo de usted?

JUAN. Qué ocurre?

CRIADA. Nada. Esta carta
que han traido para él.

JUAN. Dámela y vete.
CRIADA. (¡Qué genio!)
JUAN. (Mirando el sobre.)
Diego! Letra de mujer.

ESCENA XIII.

JUAN, DIEGO, á poco LUISA.

JUAN. Ven acá.
DIEGO. Me llamabas?
JUAN. Mira.
DIEGO. Qué es esto?
JUAN. Una carta.
DIEGO. Es su letra!
JUAN. Mudas de gesto!
DIEGO. Pero quién te la ha dado?
JUAN. ¿Quién? la criada.
El sobre dice «urgente.»
(Abre la carta.)
No está firmada.
(Luisa sale en este momento de su habitacion, y al ver á los dos amigos, se detiene.)
LUISA. Voy á ver.... Ah! son ellos!
DIEGO. Qué dice?
JUAN. Quita. (Leyendo.)
«Esta noche en el baile.»
LUISA. (Cómo! una cita!)
DIEGO. En dónde?
JUAN. En la Zarzuela.
LUISA. (Y es esta noche.)
JUAN. No es mal sitio, en saliendo
se toma un coche
y...
DIEGO. Prosigue.
JUAN. No añade
más que una cosa,
el disfraz que ha elegido,
capuchon rosa.
LUISA. Ah!
(Al lanzar esta exclamacion Luisa, se retira á su cuarto.)

JUAN. Que irá acompañada,
aunque confia
en tu lealtad. No temas
la compañía.
DIEGO. Ya lo sé, pero...
JUAN. Chico,
¿ya pones pero?
DIEGO. Para ir se necesita
tener dinero.
JUAN. Es verdad.
DIEGO. Dos entradas
cuestan á duro,
y si cenan...
JUAN. Que cenan
ten por seguro.
DIEGO. En dónde encontrar?...
JUAN. Mira,
no divaguemos.
Qué resuelves?
DIEGO. Yo, nada;
dí tú qué hacemos.
JUAN. Acomete á un amigo:
justo, á Rosales.
DIEGO. Cómo? si á ese le debes
cincuenta reales!
JUAN. No me acordaba; pero
por qué te inquietas?
Joaquin...
DIEGO. Á ese le debo
cuatro pesetas.
Pero, calla, Fernandez,
ese muy rico
y...
JUAN. Le debo tres duros
hace año y pico.
DIEGO. Es verdad. Pues Gonzalo.
¿Tambien te openes?
JUAN. Á ese le debo unos
napoleones.
DIEGO. Con ese estás cumplido;
ya esa moneda
no corre por España.

Tal vez Olmeda
nos preste.

JUAN. Qué locura!
Si hace tres meses
que le inscribí en la guia
de mis ingleses!
Mas tú debes pedirle
prestado á Nido.

DIEGO. Por lo mismo que debo
ya no le pido.

JUAN. Por lo visto, no hay uno,
grande ó pequeño,
á quien no le debamos.

DIEGO. Ya es un empeño
acudir á la cita!

JUAN. Qué se dijera
si faltases! Pues digo
si yo no fuera!
Pero, calla.

DIEGO. Qué, dime?

JUAN. Ya no te afanes.
Ay chico, nos salvaron
nuestros gabanes.

DIEGO. Tú crees que por ellos
den lo bastante?

JUAN. Precisamente el tuyo
se halla flamante!

DIEGO. Pues vamos.

JUAN. En seguida.
Ya no hay apuros!
Lo ménos, del empeño,
saco diez duros.

(Entran por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA XIV.

DOÑA BELEN, LUISA.

LUISA. Vendré á buscarte.

BELEN. Bueno.

LUISA. Que te halles lista.
Yo voy corriendo en busca

de la modista. (Váse.)

BELEN. Adios. (Baja al proscenio.)
Que Juan no vuelva
me sobresalta.
Señor! que vuelva pronto,
que aquí hace falta!

(Doña Belen, al decir estas frases, cruza las manos y dirige la vista al cielo. Juan y Diego salen con los gabanes al brazo, y al ver á Doña Belen escapan de puntillas por la puerta del foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon que figura el *restaurant* del Teatro de la Zarzuela en una noche de baile. Puertas á los lados. Mesas, sillas, etc., etc. Al levantarse el telon la orquesta tocará dentro una habanera.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO, mirando á todos lados.

En dónde se habrá metido?
Nada, por aquí no está,
y es el caso que el bribon
me ha dejado sin un real.
¡Señores, y para esto
he empeñado mi gaban!
—Vuelvo al momento—me dijo,
—no hago más que saludar
á esa jóven y en seguida
soy contigo.—De esto hará
una hora larga, mas luego
le ví lanzarse á bailar
con ella, y como el bullicio
cada vez aumenta más
los perdí de vista. Ahora
Dios sabe dónde estará.
Qué cabeza! es un tronera

y ahora vamos, ménos mal,
pero ántes era una ver-
dadera calamidad.
En viendo á una chica, nada,
ya no hay quien pueda contar
con él. Mas á todo esto
los dos muy pronto darán
y mi amante no parece;
voy por el salon á dar
otra vuelta á ver de paso
si encuentro tambien á Juan.

ESCENA II.

DIEGO, DOÑA BELEN, con capuchon negro y careta.

Al salir Diego por la puerta de la izquierda, le detiene Doña Belen.

BELEN. (Disfrazando la voz.) Podrias indicarme
qué es de tu amigo?
DIEGO. Averígüelo Vargas.
BELEN. Qué, no ha venido?
DIEGO. Sí tal, pero de vista
le perdí há poco
en el baile.
BELEN. (Dios mio!
cuánto es mi gozo!
Se halla aquí!) Pues entónces
no te detengo!
Gracias!
DIEGO. (Quién será ella?) (Váse.)
BELEN. (Cuánto le quiero!)

ESCENA III.

DOÑA BELEN.

Está aquí, yo estoy loca!
Volveré á verle.
Corazon mio, calma,
no te subleves.

Para corazoncito,
no latas tanto,
no latas sobre todo
por un ingrato.
Ay, qué veloz palpita!
¿Qué será esto
que cuanto más me engaña
yo más le quiero?
Dime, por qué le quieres?
Ay, ya te oigo.
Si este se nos escapa
dónde hallar otro?

ESCENA IV.

DOÑA BELEN, JUAN, que entra sin verla.

JUAN. Buen petardo me he llevado;
vamos, si yo soy lo más!...
BELEN. Dios te guarde, calavera.
JUAN. Es á mí?
BELEN. Sí, ven acá.
¿Cuántas conquistas has hecho
esta noche?
JUAN. Yo!
BELEN. Tú, Juan.
JUAN. Sabes mi nombre?
BELEN. Ya ves.
JUAN. Y nos tratamos?
BELEN. Sí tal,
y muy á fondo.
JUAN. De veras?
BELEN. Para qué te he de engañar.
JUAN. Pues si te conozco á fondo,
adios, ya comprenderás
por qué te dejo.
BELEN. Detente.
JUAN. (Y es airosa! ¿Quién será?)
Dime máscara, hace mucho
que te he visto sin disfraz?
BELEN. Ya hace algun tiempo.
JUAN. Si hace

algun tiempo ménos mal.
BELEN. Por qué?
JUAN. Por nada, y tú eres modista?
BELEN. Soy algo más.
JUAN. Tal vez doncella...
BELEN. Lo fuí.
JUAN. Quién eres entónces?...
BELEN. Juan, yo soy toda una señora.
JUAN. Señora!
BELEN. Y muy principal.
JUAN. (Señora y yo te conozco, buena pájara estarás!) Pero si nos conocemos ¿á qué santo viene estar encubierta por más tiempo? Nada, abajo el antifaz.
BELEN. Para qué?
JUAN. Para mirarte.
BELEN. Pues lo quieres, mira.
JUAN. (Dando un paso atrás) Ah! (La patrona!)
BELEN. Gran bribon, aquí me tienes.
JUAN. (San Blas! Qué noche!)
BELEN. Nada me dices?
JUAN. (Estoy por irme al canal...) Qué quieres que yo te diga?
BELEN. Vamos, di, se pasó ya aquel enfado?
JUAN. (Tendré al cabo que apechugar... se lo he prometido á Diego.) Dí, me perdonas?
BELEN. Truhan! Á qué viene esa pregunta si sabes... mas volverás á reincidir?...
JUAN. No, lo juro.
BELEN. Ay si eso fuera verdad!

JUAN. Y por qué dudas?
BELEN. Porque
eres un veleta, Juan.
Tienes nubes como el cielo,
mareas como la mar,
como los vientos mudanzas,
como el tiempo variedad.
JUAN. Te engañas, si sólo vivo...
BELEN. De lo que comes.
JUAN. No tal.
Si vivo de lo que como
y como lo que me das,
dime, Belen, por quién vivo?
BELEN. Por mí.
JUAN. Pues bien claro está.
BELEN. Con tus frases á mi pecho
vuelves la tranquilidad.
JUAN. Si te quiero tanto, tanto,
que no puedo querer más.
BELEN. No me seas embustero,
porque te he de comparar
con el reló de Pamplona
que apunta pero no da.
JUAN. Y que eso digas, teniendo
tantas pruebas!
BELEN. Quiero más,
porque he notado hace dias
que huyes de mí.
JUAN. No es verdad.
BELEN. Que si te llamo, no vienes,
que si vienes, no hay lugar,
y así se nos pasa el tiempo
y así se nos pasará.
JUAN. La ocasion la pintan calva.
BELEN. Tú eres quien la pintas, Juan.
JUAN. Que es mentira lo que dices
mi amor te lo probará.
BELEN. Una palabra me has dado
que acaso no cumplirás,
yo sí cumpliré la mia
de no olvidarte jamás.
JUAN. (Y yo á tí te iré sufriendo

hasta que no pueda más,
que muchas gotas de cera
hacen un cirio pascual.)

BELEN. ¡Ay, yo me muero por tí!

JUAN. No te mueras.

BELEN. No?

JUAN. (Ojalá!
Al que se muere lo entierran,
dice un antiguo refran,
á esta que por mí se muere
no la vendrán á enterrar?)

BELEN. Yo quiero báilar contigo.

JUAN. Ya se vé que bailarás.
(Echaré la noche á perros
hasta que logre escapar.)

BELEN. Vamos al baile, bien mio!

JUAN. Ay Belen, vamos allá!

BELEN. Hermosa noche ¡ay de mí!
(Cogiéndose del brazo de Juan.)

JUAN. (Señor, que calamidad!)

(Momentos ántes de concluir esta escena, empezarán á entrar máscaras de ambos sexos acomodándose en las diferentes mesas que habrá desocupadas. Los mozos andarán sirviendo de una parte á otra.)

ESCENA V.

POLLO 2.º, DAMA 2.ª, MOZOS y MÁSCARA

POLLO 2.º Válgame Dios que serena
eres tú para bailar,
si eres igual para todo
¡vaya una serenidad!

DAMA 2.ª Que buen humor gastas!

POLLO 2.º Chica,
vamos, qué quieres tomar?

DAMA 2.ª Nada, no tengo apetito.

POLLO 2.º Mozo! (Llamando.)

MOZO 2.º Señor!

POLLO 2.º (Á la dama 2.ª.) Tú diras.

DAMA 2.ª Si tengo una inapetencia...

POLLO 2.º ¿Pero á qué viene rehusar?

DAMA 2.ª En fin porque tu no digas,
tomaré. Diga usté, hay
sopa?
MOZO 2.º No señora.
DAMA 2.ª Bueno,
pues tráigase usté...
POLLO. 2.º (San Blas!
que irá á pedir? y eso que
está desganada.)
MOZO 2.º Ya.
Conque un *bistek*. Y usté? (Al Pollo.)
POLLO 2.º Nada.
DAMA 2.ª No se vayan á olvidar
las patatas.
MOZO 2.º No, señora.
DAMA 2.ª Y tú no tomas?
POLLO 2.º No tal.
DAMA 2.ª Por qué?
POLLO 2.º Porque yo no tengo
inapetencia.
DAMA 2.ª Ademas,
tráigase usté una chuleta.
MOZO 2.º La quiere usté?...
DAMA 2.ª Al natural.
MOZO 2.º Está bien.
POLLO 2.º (Señor! en dónde
me he metido?)
DAMA 2.ª No dirás
que te desprecio.
POLLO 2.º Al contrario!
DAMA 2.ª Sin ganas voy á cenar,
pero te empeñas, y yo
no quiero dejarte mal.
POLLO 2.º Comprendo. Y dime, ¿despues
podremos ir?...
DAMA 2.ª Á bailar?
POLLO 2.º Precisamente á eso no.
DAMA 2.ª En reuniéndome á mamá,
podemos ir donde quieras,
pero sola...
POLLO 2.º Si no es más
que á dar un corto paseo,

con objeto de ayudar
á la digestion!

DAMA 2.ª Pues bien,
mamá me acompañará.

POLLO 2.º Pero dónde se halla?

DAMA 2.ª Ahí fuera,
recostada en un divan
durmiendo; yo no he querido
despertarla.

MOZO 2.º Aquí está ya
lo que han pedido.

DAMA 2.ª Y por cierto
que luego va á regañar.

POLLO 2.º Por qué?

DAMA 2.ª Porque ella padece...

POLLO 2.º ¿De qué?

DAMA 2.ª De debilidad.
Es al contrario que yo,
que con nada me hallo tan
mantenida.
(Devorando lo que tiene en el plato.)

POLLO 2.º Ya lo veo!

DAMA 2.ª Ella acostumbra á cenar,
y si sabe que he cenado
sin ella se enfadará.

POLLO 2.º En no diciéndola nada...

DAMA 2.ª Eso pienso.

POLLO 2.º Bien.

DAMA 2.ª Á más,
luego si quieres, podemos
para más disimular,
volver por aquí con ella,
hará una cena frugal;
con medio jamon, y dos
ó tres copas de Champagne,
se queda tan mantenida.

POLLO 2.º (Vaya una frugalidad!)

ESCENA VI.

DICHOS, POLLO 1.º, DAMA 1.ª, y 3.ª CALAVERA 1.º y 2.º

POLLO 1.º Ven á reparar tus fuerzas,
(Á la Dama 1.ª)
aquí puedes descansar. (Se sientan.)
Mozo!
MOZO 1.º Señor, qué se ofrece?
POLLO 1.º Esta señora dirá.
DAMA 1.ª ¿Qué refrescos hay?
MOZO 1.º Horchata
de almendras, limon, agraz,
naranja...
DAMA 1.ª Tráigase usted
un pollo asado.
POLLO 1.º (Agua va!)
DAMA 1.ª Y una racion de aceitunas.
POLLO 1.º (Qué modo de refrescar!
Pues si sigue así pidiendo,
no sé si me alcanzará...)
Mira, chica, te aconsejo...
DAMA 1.ª El qué?
POLLO 1.º Que no pidas más.
Es malo refrescar mucho,
y sobre todo, cargar
el estómago, la higiene
aconseja...
DAMA 1.ª Bien está.
Pues eso, y una botella (Al Mozo.)
de Madera.
POLLO 1.º De cristal.
¿No ves que es mucho mejor?
Así podremos mirar
si es Valdepeñas legítimo.
DAMA 1.ª Si yo no decia...
POLLO 1.º Ya (Al Mozo.)
puedes traer en un vuelo...
MOZO 3.º (Á otros.) Qué tiene usted que mandar?
DAMA 3.ª Un chocolate espesito.
MOZO 3.º Con bollo?
DAMA 3.ª Con mucho pan,

que ántes trajo usté muy poco.
Mozo 3.° Está bien.
Masc. Mozo!
Mozo 2.° Qué hay?
Dama 1.ª Mi marido no anda bien.
Pollo 1.° (Es claro si tú andas mal.)
Dama 4.ª (Al Mozo.) Café con una tostada,
y haga el favor de encargar
que tenga mucha manteca.
(Entran varios calaveras muy estropeados y se sientan delante de la única mesa que habrá desocupada.
Mozo 3.° Descuide usté, la tendrá.
Cal. 1.° Conque entre todos reunimos
dos reales de capital?
Cal. 2.° Justamente.
Cal. 1.° Pues no es mucho.
Mozo 2.° Van ustedes á tomar? (Limpiando la mesa.)
Cal. 1.° Una copa de aguardiente
y seis vasos de agua.
Mozo 2.° Ya!
(No hay peligro de que estos
se lleguen á emborrachar.)
Pollo 1.° Cuánto es todo?
Mozo 1.° Treinta reales.
Pollo 1.° Jesus qué barbaridad!
Cuánto pones por el pollo?
Mozo 1.° Un duro.
Pollo 1.° Chico, tú estás
bebido; por mucho ménos,
si hay quien me quiera comprar,
me vendo yo, y eso que
creo valer algo más.
Mozo 1.° Ese es el precio corriente.
(Suena dentro la orquesta.)
Pollo 1.° En fin, toma.
Mozo 1.° Falta un real.
Pollo 1.° Pues guárdalo de propina.
(Á la Dama 1.ª)
Vamos, que comienza el wals.
(La mayoría de los que están en escena se dirigen al salon de baile. Los que queden se retirarán al final de la escena siguiente.)

ESCENA VII.

JUAN, entra muy azorado y descompuesto.

Nada, me perdió de vista.
Respiro! No puedo más!
(Dirigiéndose al público.)
Oh! jóvenes amables
que en vuestros tiernos años
os encontrais de huéspedes
y no teneis un cuarto.
Jamás á la patrona
para que os ponga el plato,
finjais pasion volcánica,
porque os saldrá más caro.
Miraos en este espejo,
yo soy uno de tantos,
que Dios os libre á todos
de hallaros en mi caso.

ESCENA VIII.

JUAN, SOFIA, disfrazada con un capuchon color de rosa.

SOFIA. (Allí está.)
JUAN. (Calle, una máscara!)
SOFIA. Al fin te pude encontrar.
JUAN. Me buscabas?
SOFIA. Sí.
JUAN. De veras?
Pues aquí me tienes ya.
SOFIA. Me conoces?
JUAN. (Reparando en el disfraz.) Creo que sí,
por lo ménos tu disfraz...
Quien te conoce mejor
es Diego.
SOFIA. Diego!
JUAN. Cabal.
SOFIA. Vamos, tú por lo que veo
me has llegado á equivocar.
JUAN. Ese capuchon te vende.

SOFIA. Que me vende? Já, já, já!
JUAN. Te ries! Cuánto apostamos
á que digo la verdad!
SOFIA. Y aunque así fuese...
JUAN. Confiesa
que eres tú...
SOFIA. Yo confesar!
Para ser mi confesor
eres muy jóven aun, Juan.
JUAN. (Pues no se muerde la lengua!
Váyase usted á fiar
de Diego, que me afirmaba
que esa tan cándida y tan...)
SOFIA. Te has quedado pensativo!
JUAN. Pues no tengo en qué pensar.
SOFIA. Tal vez esperas á álguien
y yo te estorbo.
JUAN. Tú, cá!
Á mí no me estorbas nunca.
SOFIA. Gracias.
JUAN. Te quieres sentar?
Tomaremos algo.
SOFIA. No.
Gracias, he tomado ya.
JUAN. (Diego dice que es muy guapa;
si yo pudiera lograr
que se descubriese!) Debes
tener calor.
SOFIA. Yo, no tal.
JUAN. Cuánto mejor estarias...
SOFIA. Cómo?
JUAN. Sin ese antifaz.
SOFIA. No me puedo descubrir.
JUAN. Es voto?
SOFIA. Que hice al entrar
en el baile.
JUAN. De manera
que no he de verte!
SOFIA. Quizá
en otra ocasion...
JUAN. Comprendo,
Diego podria llegar...

Cuánto le envidio!

SOFIA. De veras?
Pues puesta en tu caso, Juan,
no le envidiaria.

JUAN. No?

SOFIA. Á santo de qué?

JUAN. Á que há
logrado lo que yo nunca
he conseguido lograr.
Que le quiera una mujer
de irresistible beldad
como tú.

SOFIA. Pues si es por eso
no le llegues á envidiar.

JUAN. Acaso tú no le quieres?

SOFIA. Yo le aprecio nada más.

JUAN. (Infeliz! y él que creia!...
Cuando lo sepa es capaz...
Y esta será una de tantas.
Exploremos.) Si es verdad
lo que me has dicho, bendigo
este encuentro casual.

SOFIA. Por qué?

JUAN. Y eso me preguntas?
Escúchame y lo sobrás.
Yo soy estudiante y tengo
veintidos años de edad,
una figura pasable,
bien que eso á la vista está.
Mas lo que no está á la vista
porque no lo puede estar,
es un corazon que há tiempo
se ha convertido en volcan.
Tú sóla apagar podrias
este fuego tan voraz;
quisieras pues apagarlo
y Dios te lo pagará?

SOFIA. Jesus!

JUAN. Pon aquí tu mano
encima del levisac. (Lo hace.)

SOFIA. Ay! (Retirándola.)

JUAN. Qué es eso?

SOFIA. Que me quemo!
(Se lleva la mano al corazon.)
JUAN. Tambien te quemas tú?
SOFIA. Ay! (Juan la coge la mano.)
Suelta.
JUAN. Dame una esperanza.
SOFIA. Pero me quieres soltar?
JUAN. No ha de ser sin que primero
tengas de mí caridad.
SOFIA. Á cuántas les habrás dicho
lo mismo!
JUAN. Quieres callar!
Solo he sentido el amor
en toda su intensidad
desde que he visto tus ojos
á través del antifaz.
SOFIA. Embustero!
JUAN. Yo embustero!
hablo con sinceridad.
SOFIA. Si tú una prueba me dieses...
JUAN. Acaso puedo esperar
que me correspondas?
SOFIA. No
he dicho tanto!
JUAN. Tendrás
todas las pruebas que quieras.
SOFIA. Ay si eso fuese verdad!
JUAN. Qué escucho! luego tú...
SOFIA. Calla!
(Yo no sé lo que me da.)
JUAN. Llevas la mano á tu pecho.
Será posible!
SOFIA. Sí, Juan.
(Momentos ántes habrá aparecido Diego y se quedará escuchando.)
JUAN. Conque me quieres?
DIEGO. (Dios mio!
No me engaño: es su disfraz!)
SOFIA. Ya no es posible ocultarte
por más tiempo...
JUAN. Acaba ya!
Vida mia!

SOFIA. Yo tambien
te quiero!
DIEGO. Pérfida!
SOFIA. Ah!
(Al ver á Diego huye precipitadamente.)

ESCENA IX.

JUAN, DIEGO. Éste quiere seguir á Sofía y Juan le detiene.

JUAN. Detente!
DIEGO. Por vida de!...
Suéltame, que se me escapa.
JUAN. No te irás.
DIEGO. Sí que me iré.
Que me rompes la solapa.
JUAN. Aunque la razon te asista
no debes... (Movimiento de Diego.)
Qué, te incomodas?
DIEGO. Ya se ha perdido de vista!
JUAN. Chico, aquí se pierden todas.
Recobra tu calma, Diego,
ahora, ya, qué vas á hacer?
DIEGO. Mi pasion...
JUAN. Te tiene ciego.
DIEGO. Me engañaba!
JUAN. Si es mujer!
DIEGO. Pero tú...
JUAN. Sé lo que vas
á decirme.
DIEGO. Tal traicion!
JUAN. Diego, escúchame y verás
cómo no llevas razon.
Ella no te quiere. Así...
DIEGO. Oh!
JUAN. De decírmelo acaba.
DIEGO. Y tú, Juan...
JUAN. Dudas de de mí?
Yo iba á ver en qué paraba.
Me dió pie, yo me alegré,
y así juzgué lo más llano,
puesto que me daba pie,

chico, tomarme la mano.
No es traicion que te hice, Diego,
ni merezco tus enojos,
al contrario, estabas ciego,
y así te he abierto los ojos.

DIEGO. Tienes razon!

JUAN. Mas, qué miro?
Ella vuelve aquí. Ten calma!

DIEGO. Quiero hablarla.

JUAN. Me retiro.
Hasta luego. Háblala al alma. (Váse.)

ESCENA X.

DIEGO, LUISA, que sale disfrazada con un capuchon rosa.

LUISA. Al cabo te encuentro.

DIEGO. (Con ironía.)
Al cabo me encuentras!

LUISA. Buscándote anduve
dos horas y media,
y cuando creia
que al baile no hubieras
venido... Mas, Diego,
qué tienes? Contesta.

DIEGO. (Y que tal perfidia
en su pecho quepa!)

LUISA. Qué tienes? responde:
á qué esa tibieza?

DIEGO. Y eso me preguntas?
Malhaya en la tierra
aquel que se fia
de amantes promesas.
No vengas fingiendo
con palabras tiernas,
ni pienses que ignoro
tu poca firmeza.
Qué tengo, preguntas?
y que á tal te atrevas!
La que há dos minutos
se vió descubierta,
diciendo á otro hombre

amantes ternezas,
preguntar no debe
ni una vez siquiera,
qué tiene, al que ciego
adoraba en ella.

LUISA. Qué dices?

DIEGO. Acaso
á negar te atrevas
que aquí con mi amigo...

LUISA. Deliras ó sueñas!

DIEGO. Soñé, no lo niego,
soñé una quimera;
soñé que me amabas;
soñé que tú eras
mi amor, mi ventura,
mi gloria, mi estrella.
Mas todo fué un sueño,
malhaya el que sueña!

LUISA. Que de tal perfidia
tú capaz me creas!
Mal pagas, ingrato,
mi pasion inmensa.
El hombre que quiere
á su amor no afrenta
con torpes mentiras,
con ruines sospechas.
Si cual yo te quiero,
Diego, me quisieras,
de mí no dudaras
aun teniendo pruebas,
cuanto más no habiendo
motivo de queja
para que así hables
de mi amor en mengua.

DIEGO. Que pruebas no tengo
de tanta vileza!
Acaso mis ojos
por más que los ciega
el amor inmenso
que mi pecho encierra,
¿no vieron, no há mucho
lo que tú me niegas?

¿No escuchó mi oido,
las palabras tiernas
que á Juan dirigiste?
¿Fué tambien quimera,
que veloz huyeses
por aquella puerta,
cuando ante tu vista
me mostré? Contesta.

LUISA. Qué he de contestarte,
si absorta me dejas!
Ni he visto á tu amigo,
ni he dicho ternezas
jamás á otro hombre.

DIEGO. Cállate, y no mientas.
Que no me convencen
tus falsas protestas.

LUISA. Escúchame, Diego.

DIEGO. En vano te esfuerzas!
Mas por allí miro
á Juan que se acerca,
tal vez tierno amante
en tu busca venga.
Á solas te dejo
con él, no pretendas
detenerme.

LUISA. Escucha!

DIEGO. No escucho.

LUISA. Tú sueñas!

DIEGO. No finjas.

LUISA. Detente.

(Cogiéndola de un brazo.)

DIEGO. Jamás.

LUISA. Ten clemencia!

DIEGO. Que viene.

LUISA. Qué importa!
Que llegue, que venga,
y oirá de mis labios
desdenes.

DIEGO. Quimera!
Adios, bella ingrata.

LUISA. Mis lágrimas... (Se quita la careta.)

DIEGO. Suelta.

(Diego aparta á Luisa, y se marcha rápidamente por la izquierda. Luisa queda como anonadada. Juan aparece en este instante.)

ESCENA XI.

JUAN, LUISA.

JUAN. (Qué miro! No hay duda,
es la costurera!)
Que es eso? tú lloras?
Del rostro destierra
el llanto, bien mio,
pues ya que me muestras
tu bello semblante....
Callas? qué te apena?

LUISA. No sé, caballero,
quién le dió licencia
para hablarme.

JUAN. Ahora
salimos con esas?
Acaso has mudado,
y eres tan veléta,
que ántes me adorabas
y ahora me desprecias,
ó es que como ahora
te hallas sin careta,
quieres á tus ojos
disculpar flaquezas?
Si me adoras...

LUISA. Basta!

JUAN. No te hagas de nuevas.

LUISA. No debo escucharle.

JUAN. A qué esa tibieza?

LUISA. Me marcho. (Váse.)

JUAN. Te sigo.

(Doña Belen aparece en este momento y le detiene.)

BELEN. Detente.

JUAN. ¿Qué intentas?

ESCENA XII.

JUAN, BELEN.

BELEN. Me conoces? (Quitándose la careta.)
JUAN. (Por san Críspulo!)
BELEN. Qué es eso, quedas estático?
JUAN. (La patrona! Suerte pícara!
Me va á armar el gran escándalo.)
BELEN. Enmudeces?
JUAN. Yo estoy frígido
y debo de estar muy pálido.
BELEN. Todo lo he escuchado!
JUAN. Cáspita!
BELEN. Conque me engañabas!
JUAN. Bárbaro!
BELEN. Compasion no esperes.
JUAN. Mísero!
BELEN. Con que todo fué por...
JUAN. Cálculo.
BELEN. Y tus juramentos?
JUAN. Cháchara.
BELEN. Con que mi pecho fué!...
JUAN. Cándido.
BELEN. Con que yo he sido una...
JUAN. Estúpida.
BELEN. Por qué te he creido!
JUAN. Zángano.
BELEN. Mi fin debe de estar...
JUAN. Próximo.
BELEN. Y á ti te se importa un...
JUAN. Rábano.
BELEN. Qué tienes conmigo?
JUAN. Débitos.
BELEN. Págalos, págalos, págalos.
JUAN. Quieres escucharme?
BELEN. Cínico!
JUAN. Con que tú quieres?...
BELEN. Metálico.
JUAN. Vamos, te ciega la...
BELEN. Cólera!

JUAN. Yo contigo he sido...
BELEN. Apático.
JUAN. Mis intenciones...
BELEN. Malévolas.
JUAN. Y mi proceder...
BELEN. Vandálico.
JUAN. Es verdad que soy...
BELEN. Gastrónomo.
JUAN. Y mi estómago es...
BELEN. Elástico.
JUAN. Que tengo buenas...
BELEN. Mandíbulas.
JUAN. Pero que me dejas...
BELEN. Lánguido.
JUAN. Así te picara un...
BELEN. ¡Pérfido!
JUAN. Tábano, tábano, tábano.
BELEN. Concluyamos ya la réplica
y abreviemos el diálogo.
Puesto que tú eres un pícaro
que fingiéndote seráfico
te apoderastes malévolo
de mi corazon magnánimo.
Puesto que sufrió mi ánima
mil penas en grado máximo,
y en mis amorosos ímpetus
tú te mostrastes impávido.
Puesto que al llenar tu estómago
á costa mia, Eliogábalo,
me jurastes ser mi cónyuge
y conducirme hasta el tálamo;
y en vez de cumplir benévolo
delante del mismo párroco
el juramento mayúsculo
manifiestas que no es válido:
anda á buscar á otra prójima
que te mantenga parásito,
que en mi casa sólo arsénico
encontrarás ó un buen cáñamo
para apretarte las vértebras,
pues tu fin debe ser trájico.
JUAN. Escucha!

BELEN. Ya la polémica
terminó, no quiero escándalos,
págame, págame, págame,
rápido, rápido, rápido.
JUAN. Pues llegó el momento crítico
escúchame por san Cándido.
No niego que tengo débitos,
mas mi bolsillo está escuálido,
ya sabes que soy verídico
y que no miento en un átomo.
No niego que eres benéfica
y que te quise con ánimo
de que nos uniera un clérigo
en el venturoso tálamo.
Y aun cuando escuches incrédula
y pienses que fué por cálculo,
que te he querido frenético
no negarás! voto al chápiro.
Recuerda sino el sin número
de aquellos momentos plácidos
en que adoraba tu físico
y á mi pasion distes pávulo.
Recuerda, Belen, tus ímpetus
y mis ímpetus volcánicos,
y que si tú has sido pródiga,
yo me encuentro en caso análogo.
Hoy ya mi pasion fanática
despareció cual relámpago;
no porque quiera á otra prójima,
si no porque eres un cáustico.
Y por no verte, cual prófugo
me iré á los desiertos páramos
á que me coma un carnívoro
pájaro, pájaro, pájaro.
BELEN. Pero ántes págame, págame,
rápido, rápido, rápido.
JUAN. Mañana mismo.
BELEN. Magnífico!
JUAN. Te prometo por san Lázaro,
si tomo dinero á crédito
dártelo, dártelo, dártelo.
BELEN. Adios pues. (Me ahogan las lágrimas!)

Vándalo, vándalo, vándalo!

JUAN. ¡Todo ha concluido!

BELEN. (Mísera!)

LOS DOS. Vámonos, vámonos, vámonos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

LUISA y DOÑA BELEN.

BELEN. Vamos, no te apures tanto,
y explícame de una vez
lo que ha pasado.
LUISA. Qué noche!
BELEN. No lo sabes tú muy bien!
LUISA. Despues que nos separamos
en el baile, para ver
yo si encontraba á mi Diego,
tú si hallabas no sé á quién,
empecé por el salon
á dar vueltas, hasta que
no hallándole en ningun lado
y siendo más de las tres,
resolví dejar el baile
creyendo de buena fe
que algun motivo le hubiera
impedido el ir á él.
BELEN. Pues yo le encontré en seguida
y recuerdo donde fué,
en el *restaurant*.

LUISA. Allí
al cabo le hallé tambien.
BELEN. Entónces...
LUISA. Cuando creia
que al darme yo á conocer
iba á mostrarse cual siempre
rendido amante, Belen,
figúrate mi sorpresa,
en vez de corresponder
á mis frases cariñosas,
le hallo lleno de esquivez,
y sin querer escucharme
me llamó perjura, infiel,
afirmando que á su amigo
le he jurado amante fe,
que él lo habia oido y que no
le podia convencer
de lo contrario.
BELEN. (Asombrada.) Qué dices?
LUISA. En vano le aseguré
que era falso, y que tan sólo
mi corazon ama á él.
Sin atenderme siquiera
me dejó!
BELEN. Cómo, se fué?
LUISA. Sí, Belen, pero no es esto
lo más extraño. Despues
llegó su amigo, y al verme
me dijo yo no sé qué;
sólo entendí que me amaba
y que yo le amaba á él,
que así yo misma no ha mucho
se lo habia dado á entender.
BELEN. Jesus! Jesus! es posible!
LUISA. Y tan posible que es.
Yo al escuchar sus palabras...
BELEN. Qué hicistes, di?
LUISA. Me marché.
No le quise dar oidos.
BELEN. Ay hija, hicistes muy bien.
Porque Juan es un bribon,
que jamás le tendrá ley.

ni á la camisa que lleva
puesta.

LUISA. Y qué debo hacer?

BELEN. Yo en tu caso volveria
á hablar á Diego; tal vez
estaba anoche ofuscado
y creyó lo que no es.
Lo que me extraña es que no
se ha venido á recoger
todavía, cuando el baile
ha concluido á las seis
y son cerca de las nueve.

LUISA. Yo, mi querida Belen,
no me atrevo á hablar á Diego.

BELEN. No te atreves?

LUISA. Así, pues,
te suplico que en mi nombre
le procures convencer.
Él te aprecia, estoy segura
que si tú le dices que
se engaña, que yo le quiero,
al cabo te ha de creer.

BELEN. Pero muchacha, si yo...

LUISA. Anda!

BELEN. Bueno, le hablaré.

LUISA. Cuán buena eres!

BELEN. Sí, sí!

LUISA. Yo en tanto que viene él
voy á cambiar de traje
y á arreglarme un poco.

BELEN. Bien.

ESCENA II.

BELEN.

Las nueve! ¿Si volverá?
¿Si vendrá, si no vendrá?
¡Ay, Juan, como yo te coja!
Las nueve y tres. Hora es ya
de que ese hombre se recoja.
Dios de su mano me tenga

como á la paz no se avenga,
porque le voy á embestir.
¡Que no venga!... ¡Que sí venga!...
pero que se vuelva á ir.
¡Ay cielos, quién lo diria
cuando el tuno me decia:
Dulcinea y don Quijote
somos tú y yo, vida mia!...
Y cuando me dió aquel dia
tres pelos de su bigote!
Tunante, pillo, bribon!
¡Ay! siento una conmocion!
Desalmado, libertino!
Y me late el corazon
con la fuerza de un molino.
Suenan pasos. ¿Volverá?
¿Si será, si no será?
¡Oh! la duda me atormenta!
Me sentaré aquí. (Se sienta á un lado.)
(Vuelve á levantarse y á sentarse al otro lado.)
No: allá!
Voy á ajustarle la cuenta.

ESCENA III.

BELEN y JUAN.

JUAN. (Ap.) (Allí está, moderacion.)
BELEN. (Ap.) (No sé cómo no le embisto.)
JUAN. (Ap.) (Me sentaré.
(Lo hace al otro lado de la escena.)
Por lo visto
vamos á tener funcion.)
BELEN. (Ap.) (No se acerca.)
JUAN. (Ap.) (Toseré!
Ejem.)
BELEN. (Ap.) (Tose.)
JUAN. (Ap.) (¡Qué nublado!)
Ejem.
BELEN. (Ap.) (¿Se habrá constipado?
(Va á ir hácia él y se arrepiente.)
¡Que sude!)

JUAN. (Ap.) (Pues no hay de qué!)
BELEN. (Ap.) (Salga el sol por Antequera.
Ya he tomado mi partido.)
JUAN. (Bostezando.) Me siento desfallecido.
BELEN. (Ap.) (Oh! ¿Qué escucho?
(Repite el mismo juego de ántes.)
Que se muera.)
JUAN. (Ap.) (Valor!)
BELEN. (Ap.) (Horrible tormento!)
JUAN. (Ap.) (Yo me lanzo.)
BELEN. (Ap.) (Voy allá!)
(Los dos se levantan y se dirigen el uno al otro.)
LOS DOS. Me carga usted.
(Vuelve cada uno á su asiento.)
BELEN. Ajajá!
JUAN. Si no lo digo reviento.
(Vuelven á levantarse y á dirigirse el uno al otro.
JUAN. Hable usted.
BELEN. No, si es igual,
usté.
JUAN. Hable usted, señora.
LOS DOS. (Gritando.) Hable usted.
BELEN. Voy sin demora.
JUAN. Voy aunque le siente mal.
BELEN. No puedo sufrir en calma
el que se burle de mí.
JUAN. Y como siga usted así
le voy á romper el alma.
BELEN. Usted es el fementido.
JUAN. Es usted la pecadora.
Me hirió usté el pecho, señora.
BELEN. Y usted á mí, qué no me ha herido?
JUAN. ¡Patrona, patrona!
BELEN. Y qué?
Ese tono estrafalario
no me asusta.
JUAN. Quiá! al contrario.
Si la que asusta es usted.
BELEN. Sarcasmos!
JUAN. Aunque se aflija
y el corazon la taladre.
BELEN. Á mí? Á la hija de mi padre!

JUAN. Y á la nieta de su hija.
BELEN. Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratais así.
¿Qué delito cometí
á este huésped recibiendo?
¿En qué le he faltado yo?
En qué?
JUAN. No tenga zozobra.
No me falta usté, me sobra.
BELEN. Que le sobro?
JUAN. Y se acabó.
Sus celos de usted me ofenden
y no me dejan en paz,
luego, su genio de agraz
ni los demonios lo entienden.
Y, en fin, me da usté un cocido
que es un... guisado.
BELEN. ¡Insolente!
Mi cocido es excelente
y... negocio concluido.
Se acabó todo.
JUAN. Á vivir.
(Va á marcharse y Belen le detiene.)
BELEN. La cuenta.
JUAN. ¡Cielos!
BELEN. ¡La cuenta!
JUAN. Pero qué es lo que usté intenta?
BELEN. La cuenta, ó va usté á dormir
al Saladero.
JUAN. Gran Dios!
BELEN. Me debe usté un dineral.
La cuenta.
JUAN. No tengo un real.
BELEN. Todo acabó entre los dos.
JUAN. Todo acabó? sí, pues bien;
voy á hablar claro, muy claro.
Hoy la guerra la declaro
por siempre jamás amen.
Descubriré tus misterios,
tus trápalas, tus engaños.
BELEN. Inícuo!
JUAN. Y á los extraños

contaré tus gatuperios.

BELEN. Yo muero!

JUAN. Muérete aprisa.

BELEN. ¡En matarme te complaces!

JUAN. Sabes la falta que me haces?
la de los perros en misa.

BELEN. Tú mientes, y eso lo dices
sólo porque te contente,
¿no es verdad?
(Se acerca cariñosamente y le va á arreglar la corbata.)

JUAN. (Ap.) (Juan, sé prudente.)
(Alto.) Tóquese usted las narices.
(La aparta de su lado.)

BELEN. Qué contestacion más chusca!
Juanito, no seas esquivo.

JUAN. (Ap.) (Emplea el diminutivo.
Vamos, ya sé lo que busca.)

BELEN. Ofrezco olvido y perdon
con condicion...

JUAN. Se supone;
pero, amiga, usté perdone;
no acepto la condicion.

BELEN. Me desairas?

JUAN. No es mi intento...
mas ya todo ha terminado
entre los dos.

BELEN. No has contado...

JUAN. ¿Con qué?

BELEN. Con tu juramento.

JUAN. Se anuló anoche en el baile.

BELEN. Es falso.

JUAN. Pues me desdigo.

BELEN. Tú te casarás conmigo.

JUAN. Primero me meto á fraile.

BELEN. Mira que me estás faltando;
mira que á solas los dos...

JUAN. Mira que te mira Dios;
mira que te está mirando.

BELEN. Esto de la raya pasa,
y no puedo consentir...

JUAN. Está bien; me voy á ir

ahora mismo de esta casa.

BELEN. Y la cuenta no solventa?

JUAN. Más tarde, ahora no puedo.

BELEN. Pues con su ropa me quedo
hasta que pague la cuenta.

JUAN. Como Adan del Paraiso,
hoy de esta casa saldré.

BELEN. (Ap.) (Un dia de ayuno hará que
á mí vuelva más sumiso.) (Váse.)

ESCENA IV.

JUAN.

Dios uno y trino, á quien tantos
arcángeles, querubines,
ángeles y serafines
dicen: santo, santo, santo.
Hoy, á tu inmensa bondad
acudo lleno de fe,
para que nos libres de
tamaña calamidad.
Tú que pecados perdonas,
y eres, para el bien, fecundo...
vuelve á redimir al mundo
dejándole sin patronas.

ESCENA V.

JUAN y SOFÍA.

SOFIA. (Ap.) (Voy á ver si ha sospechado...)

JUAN. (Id.) (La viudita, gran bocado!
Esta, segun he sabido,
hace poco que ha heredado.
Estoy por decirla *envido*.
¡Mas es tan mala mi estrella!
Y es el caso que es muy bella.
(Al público.)
¿Á ustedes qué les parece?
¿que la cosa lo merece?
Pues nada, me lanzo á ella.
Señora...

SOFIA. (Ap.) (Por fin habló!)
(Alto.) Caballero...
JUAN. (Ap.) (Pésie á mí!
Cómo la insinuo yo?...
Y si luego dice no?
¿Pero y si dice que sí?
Nada, me lanzo.) (Alto.) Señora,
es usted encantadora.
SOFIA. Cómo, tal atrevimiento...
JUAN. Qué, va á enfadarse usté ahora
porque digo lo que siento?
SOFIA. Esas frases...
JUAN. Hijas son
de mi jóven corazon,
que rebosa de cariño.
Y le ha hecho usté una impresion...
y es natural, es tan niño!
SOFIA. Preciso es tomarlo á broma.
JUAN. (Ap.) (La risa á su labio asoma
y cesa de estar adusta.
¡Bravo! Cuando así lo toma,
es señal de que la gusta.)
SOFIA. (Id.) (Si lo de anoche sabrá
y por eso me habla así?
Finjamos, que ello dirá!)
(Á JUAN.) Usted dispense. ¡Já, já!
JUAN. (Ap.) (Se está burlando de mí?)
(Á SOFIA.) Señora, llegó el momento
de decirla lo que siento
sin rodeos ni...
SOFIA. Adelante.
JUAN. ¿Quiere usted tomar asiento
y escucharme un breve instante?
(La ofrece una silla y ambos toman asiento.)
Yo me llamo Juan Rivera;
no tengo pelo de tonto,
y aunque estudiante, muy pronto
terminaré mi carrera.
Soy más moreno que blanco,
como lo indica el semblante;
no tengo muy mal talante,
y mi genial es bien franco.

Tengo buenas tragaderas
y como cuanto me dan,
y de esto responderán
más de cuatro pupileras.
Vestir bien mucho me halaga,
y tengo un gran guardaropa,
pues siempre que me hago ropa,
quien me la hace me la paga.
Ahora comienzo á vivir,
y aun cuando nada poseo,
si no me engaña el deseo
tengo mucho por... venir.
En estilo liso y llano
le he dicho á usted quien yo soy.

SOFIA. Sí, señor.

JUAN. Pues ahora voy
al grano, señora, al grano.
Soy soltero, y considero
cuán pronto esta vida pasa,
y el hombre que no se casa
al fin se queda soltero.
Usté es viuda, y no hay duda
que se encuentra sin marido
despues de haberle tenido.
Por eso es usté viuda.
Pues bien, nuestro estado, al ver
pregunto yo y no se asombre:
¿qué es la mujer sin el hombre?
¿y el hombre sin la mujer?
La prueba la hallo en nosotros,
y al contestarla me fundo.
¿Podemos hoy en el mundo
pasarnos unos sin otros?
No: pues entónces no hay duda,
y que acepte el trato espero.
Yo la ofrezco á usté un soltero
á cambio de una viuda.

SOFIA. (Ap.) (Amor, no rompas la valla.)

JUAN. Su silencio es buen presagio,
pues como dice el adagio,
todo aquel que otorga, calla.
Aprobado el primer punto

y creyendo á no dudar
que voy el hueco á ocupar
que ayer ocupó el difunto.
De una cuestion necesaria
vamos á tratar ahora.

SOFIA. (Ap.) (¿Qué audaz es!)

JUAN. Hablo, señora,
de la cuestion monetaria.
Esta en todo matrimonio
mil desastres origina,
porque donde no hay harina...
cada cual se da... al demonio.
Usté es rica, y á mi ver,
si no he calculado mal,
la renta de su caudal
puede darnos de comer.
Mi posicion no es tan buena,
señora, más sin embargo,
desde ahora mismo me encargo
de buscar para la cena.
Y aunque no llegue á encontrar,
podemos vivir tambien,
porque yo en comiendo bien,
acostumbro á no cenar.
Si este plan á usté acomoda,
y en mi cariño confia,
señale usted hora y dia
para celebrar la boda.
Y llegaré ante el altar
humilde como un borrego,
y luego, señora, y luego...
y luego despues... la mar.

SOFIA. Acabó usted?

JUAN. Ya se ve.

SOFIA. ¡Qué bromista!

JUAN. ¿Usted lo toma?...

SOFIA. Á broma. ¡Já, já, já!

JUAN. ¿Á broma?
si yo de veras hablé.

SOFIA. (Ap.) (Será verdad?) Mas obremos
con calma. Mucha entereza.
(Á Juan.) Cuando siente la cabeza

vuélvase usté y hablaremos.

JUAN. Una palabra.

SOFIA. Es en vano.

JUAN. Pero...

SOFIA. Nada, hasta despues.

JUAN. Señora, estoy á sus piés.

(Sofia le saluda, y al entrar en su cuarto se lleva la mano al corazon y dice como hablándole á este.)

(Ap.) (¡Calla!)

(Á Juan.) Beso á usted la mano.

ESCENA VI.

DIEGO entra muy pensativo, JUAN que está mirando hácia el cuarto de la viuda, se dispone á partir cuando ve á su compañero.

DIEGO. (Malhaya mi negra suerte!)

JUAN. (Preparemos la partida.)
Chico, me alegro de verte,
(Reparando en Diego.)
tengo que hablarte en seguida.

DIEGO. Eres tú? Qué quieres, Juan?

JUAN. Me preguntas lo que quiero?
No sabes aquel refran:
si de esta escapo y no muero?...

DIEGO. Bien, y qué?

JUAN. Pues no hay testigos,
voy á hablarte sin reparo,
porque cuanto más amigos
uno debe ser más claro.

DIEGO. Hombre, la cuestion aborda,
y no empieces...

JUAN. Ya la abordo.
Aquí se ha armado la gorda.

DIEGO. Eh?

JUAN. Que esto dió el trueno gordo.

DIEGO. Qué dices?

JUAN. Qué, no me explico?

DIEGO. No entiendo, qué es lo que pasa?

JUAN. Que á Belen he dado mico,
y me arroja de su casa.

DIEGO. Es posible!

JUAN. Ella creia
en lo de su matrimonio,
y al saber que no, la arpía
se ha convertido en demonio.
No hace mucho en esta sala
me armó la marimorena,
y me envió enhoramala.
DIEGO. Pues estás de enhorabuena.
JUAN. Ya lo sé, pero no es eso.
Lo que me desasosiega,
y hace que hasta pierda el seso,
es que mi ropa me niega.
DIEGO. Tu ropa?
JUAN. Sí, no consiente
que me la lleve, hasta tanto
que la cuenta no solvente.
DIEGO. Y cuánto debemos?
JUAN. Cuánto!
Yo ya he perdido la cuenta,
pero debe de pasar
de novecientos cincuenta.
DIEGO. Friolera!
JUAN. Y cómo pagar?
DIEGO. Si ella atendiese á razones...
JUAN. ¿Cómo salir de este atranco?
Sólo tengo talones
que no pasan en el Banco.
DIEGO. No te apures, nos iremos
de esta casa.
JUAN. Sí?
DIEGO. Al instante.
JUAN. Y mi ropa?
DIEFO. Ya veremos.
JUAN. Pues es lo más importante!
DIEGO. Déjame que la persuada
acaso con dos recibos...
JUAN. Y si no consigues nada?
DIEGO. Nos vamos!
JUAN. ¿En cueros vivos?
DIEGO. Déjame á mí.
JUAN. Ya te dejo.
Pero si la vas á hablar,

mucho tacto. (No me alejo
por lo que pueda tronar.) (Váse.)

ESCENA VII.

DIEGO.

Qué situacion! por un lado
aquella escena del baile,
por otro... mas, qué me importa
que nos pongan en la calle?
Aquí fué donde la hablé
por vez primera ayer tarde,
aquí me dió una esperanza,
aquí mis amantes frases
escuchó ¡necio de mí!
que soñé por un instante
en su amor, en mi ventura!...

BELEN. Ah! me alegro de encontrarle.

ESCENA VIII.

DIEGO, DOÑA BELEN.

DIEGO. Es usted, doña Belen?
BELEN. La misma que viste y calza.
DIEGO. (Esta viene decidida
á que me marche de casa.)
BELEN. Podria usted escucharme,
don Diego cuatro palabras?
DIEGO. Con mucho, gusto.
BELEN. Sentémonos.
DIEGO. Sentémonos si la agrada. (Lo hacen.)
Empiece usted.
BELEN. Es el caso...
no me atrevo.
DIEGO. Sea usté franca.
BELEN. Yo soy tan corta de génio...
DIEGO. Si yo en su caso me hallara
ya le hubiera dicho: amigo,
aunque lo siento en el alma,
espero que busque usted

otro cuarto sin tardanza,
porque no puedo tenerle
ni un dia más en mi casa.

BELEN. Qué dice usted?

DIEGO. No era eso
lo que decirme pensaba?

BELEN. Don Diego, usté está soñando,
y sin pensarlo me agravia.
Yo despedirle de aquí!
Yo decirle que se vaya
de mi casa, á una persona
á quien aprecio?...

DIEGO. Mil gracias.
Mas yo creí... como Juan
me lo indicó...

BELEN. Nada, nada,
no se hable más de ese asunto,
y le suplico, no haga
tanto caso de su amigo,
que es un bribon, un canalla.

DIEGO. Doña Belen!

BELEN. Ay don Diego!
si usted supiera!

DIEGO. Me extraña
se exprese de esa manera.

BELEN. Como usté ignora, á Dios gracias,
quién es... pero en dos minutos
voy á contarle una hazaña
de su amigo, para que
sepa mejor con quien trata.

DIEGO. Escucho á usted.

BELEN. Aunque me cueste
rubor, le abriré mi alma.
Casi en la flor de mis años
me quedé desamparada,
es decir, quedé viuda
en este valle de lágrimas.
Mi esposo, el buen intendente
que Dios en su gloria haya,
al marcharse de este mundo
me dijo: prenda adorada,
si fiel has sido hasta hoy,

lo serás tambien mañana?
Ay don Diego que recuerdos! (Llorando.)

DIEGO. Cálmese usted.

BELEN. Qué desgracia!

DIEGO. Sí que lo fué!

BELEN. Irse á morir
cuando me hacia más falta!
Siempre que miro hácia el cielo
las lágrimas se me saltan
no sé de qué, ni por qué...
pero lloro con el alma.
Prosigo. Loca de amor
sin saber lo que juraba,
le dije: seré la misma,
en mí no cabrá mudanza.
¡Ay don Diego y qué mal hice!
Al principio me acordaba
del juramento y decia,
con su memoria me basta.
Pero pronto su memoria
no me bastó; jóven, guapa,
su recuerdo á pesar mio
fué abandonando mi alma.
Deseché mil pretendientes
que rendidos me adoraban,
hasta que al fin, una tarde
usté y su amigo á esta casa
vinieron, y desde entónces,
ay Dios! fuí mujer al agua.
Juan me miró, le miré,
no me dijo una palabra,
pero usted sabe, don Diego,
que á veces los ojos hablan.
Una tarde que solitos
estábamos en la sala,
suspiró, yo suspiré...

DIEGO. (Pues señor la cosa marcha.)

BELEN. Él me dijo:—Belencita,
qué manecitas tan blancas
que tiene usted. Y yo le dije:
—Es favor, Juanito, gracias,
Despues prosiguió alabando

mi pie, mi talle, mi cara,
y despues... despues me dijo
que frenético me amaba.
Mi corazon palpitó,
sentí un no sé qué en el alma,
mas me acordé del difunto
y exclamé: Juanito, basta,
no me diga usté esas cosas
porque yo no admito chanzas,
ni usted me quiere, ni yo
puedo quererle.—Bobada!
me contestó el muy pillastre,
arrojándose á mis plantas.
—Me dices que no me quieres,
y es mentira que me engañas,
que estoy leyendo en tus ojos
lo que me quiere tu alma.
—Calle usted,—le repliqué.
Calle usted esas palabras,
mire usted que estamos solos,
que la noche se adelanta,
y para un pecho sensible,
son un Etna sus miradas.—
Despues no sé qué pasó,
pero ya no me acordaba
del difunto; así es que al cabo,
como la carne es tan flaca,
le dije:—no puedo más,
tambien mi pecho te ama.
Él entónces á su vez,
don Diego, me dió palabra
de casamiento, y ahora
me dice que no se casa.

DIEGO. Es posible!

BELEN. Y tan posible!
Si es un bribon, un canalla.

DIEGO. Vamos, sosiéguese usted.

BELEN. Si no puedo!

DIEGO. Tenga calma.

BELEN. Eso quisiera; ay de mí!

DIEGO. Vamos!

BELEN. Tenerme engañada

tanto tiempo, tras de darle
cuanto tenia en mi casa!

DIEGO. Tiene usted razon; la dejo
á ver si así...

BELEN. No se vaya,
que aún le tengo que decir
lo mejor, se me olvidaba.

DIEGO. Qué es ello?

BELEN. Señor don Diego,
usté cree en mis palabras?

DIEGO. Señora, sí.

BELEN. Pues escuche.
La persona que usté ama ..

DIEGO. Qué dice usted?

BELEN. La que anoche
la dió una cita en las máscaras
es digna de su cariño,
su amigo de usted le engaña.

DIEGO. Pero cómo, si yo ví!...

BELEN. Don Diego, usté no vió nada.
Ella sólo quiére á usted.

DIEGO. Sí?

BELEN. De decírmelo acaba.
Ademas yo fuí con ella
al baile. ¡Pobre muchacha!
Si viera usted qué mal rato
pasamos las dos! Sus lágrimas
el corazon me partian,
tambien ella abandonada!

DIEGO. Señora!

BELEN. Pero usté es bueno,
usted, Diego, la idolatra,
y no debe usted jamás
gozarse en martirizarla.
Aquí viene, yo les dejo,
fije en ella su mirada
y conocerá en sus ojos
la pureza de su alma. (Váse.)

ESCENA IX.

DIEGO, LUISA.

LUISA. (Allí está. ¿Qué hacer, Dios mio?)
DIEGO. (Qué ilusion, qué engaño fué
aquella escena del baile!...
Oh! no, si no puede ser!
¿No la presencié yo mismo?)
LUISA. (Si le habrá hablado Belen?)
Diego... (Con timidez.)
DIEGO. Señora...
LUISA. Ese tono?...
DIEGO. Tras de lo ocurrido ayer...
LUISA. Aun insistes!
DIEGO. Yo no insisto.
LUISA. Escúchame.
DIEGO. Para qué?
LUISA. Para probarte tu engaño.
DIEGO. Mi engaño dices? Deten
la lengua. ¿Cómo te atreves
á negar lo que escuché!
LUISA. Fué ilusion de tus sentidos.
DIEGO. Oh! calla, que no está bien
negar á un hombre en su cara
lo mismo que escucha y ve.
LUISA. Dios mio!
DIEGO. En vano pretendes
disculpar tu proceder.
LUISA. No pretendo disculparme.
DIEGO. Con que no?
LUISA. Diego, de qué?
Acaso de que he querido
hoy por la postrera vez,
mi altivez dejando á un lado,
procurarte convencer
de que estás en un error?
DIEGO. Error dices? Calla, infiel.
Si fuera error, cómo explicas
tu conducta? No te hallé
en el baile con mi amigo?

Acaso no escuché bien
las frases que de tu boca
jurándole amante fe
se escaparon? Oh! no digas
que era error, falsa mujer.

LUISA. Diego, escúchame. No puedo
explicarme como fué
que me hallaras con tu amigo,
¡ay! bien me puedes creer.
Yo no le ví, te lo juro,
ni mucho ménos le hablé
hasta que tú te marchastes
y me dejaste con él.

DIEGO. Entónces cómo se explica?...

LUISA. Ilusion, engaño fué.

DIEGO. Si no es posible, si yo...

ESCENA X.

LUISA, DIEGO, JUAN.

JUAN. Los dos juntitos! Muy bien!

DIEGO. Juan!

JUAN. Nada, nada, si estorbo,
señores, me marcharé.
(Mirando á Luisa y dirigiéndose á ella.)
Ah! que es mi linda pareja!
se descansó ya?

DIEGO. (Á Luisa.) (Lo vés?
Dime ahora que fué ilusion!

LUISA. Diego!

DIEGO. Aparta.

LUISA. Escucha!

DIEGO. Ten.)
(Diego se separa de Luisa que queda á un lado, y se dirige á Juan.)
Juan, si es cierto que me aprecias,
la verdad, contéstame.
Es esta jóven la misma
que en el baile...

JUAN. Sí, ella es.

DIEGO. Cuando yo te sorprendí

con ella, lo que escuché
no fué ilusion!

JUAN. Por mi vida
verdad y muy verdad fué.

LUISA. (Con energía.) Es falso!

JUAN. Si ahora pretende
negar, qué le hemos de hacer?

LUISA. Diego, Diego, no le creas.
Yo te juro por mi fe
que te engaña!

DIEGO. (Sus protestas
me hacen dudar! Tal doblez
en ella, si es imposible!...)

JUAN. Yo engañarle, y para qué?
Se figura usted, señora,
que todos son como usted?

LUISA. Oh!...

JUAN. Yo no miento nunca.
Si se descubrió el pastel,
qué quiere usted que le haga?

LUISA. Ah!
(Cae en un sillon, cubriéndose el rostro con las manos.)

JUAN. Bravo!

DIEGO. Qué es eso? (Acercándose á Luisa.)

JUAN. Que
se habrá desmayado para
poner fin al entremés.
Es el supremo recurso
con que cuenta la mujer.
En cualquier lance apurado
se desmaya y...

DIEGO. Cállate.

LUISA. Dios mio!

DIEGO. (Cogiendo una mano de Luisa.) Ah! vuelve en tí,
si yo te creo, mi bien.

LUISA. Ay!

DIEGO. Suspira!

JUAN. No seas tonto,
eso es fingido, créeme.

DIEGO. Calla.

LUISA. Diego!

DIEGO. Vida mia!
JUAN. Ve que caes en la red.
Mira que ella es muy lagarta.
LUISA. Oh!
DIEGO. Juan, la lengua deten
ó vive Dios!...
JUAN. Justo, ahora
es lo que debes hacer,
incomodarte conmigo,
y dar más crédito, á quién?
á una mujer que te engaña
y que no sabes lo que es.
DIEGO. Me darás satisfaccion
de ese insulto.
JUAN. Está muy bien.
No creas que me acobardas
con ese tono! Mas ve
que te ciega la pasion,
que yo soy tu amigo fiel,
y que ella...
DIEGO. Ni una palabra.
El hombre que á una mujer
insulta como ahora mismo
has hecho, ¿sabes lo que es?
JUAN. Déjame en paz.
DIEGO. Pues es un
cobarde.
JUAN. Por vida de!
Yo cobarde!
DIEGO. Tú.
JUAN. Salgamos.
Diego! (Luisa interponiéndose entre los dos.)
DIEGO. Suelta!
JUAN. Sal!
LUISA. (Llamando.) Belen!

ESCENA ÚLTIMA.

BELEN, LUISA, SOFÍA, JUAN, DIEGO.

Belen aparece por la puerta del foro. Sofía por la de su habitacion.

BELEN. Este escándalo en mi casa!
Qué es lo que ocurre?
(Sofía se adelanta, y deteniendo á Juan, que quiere hablar, dice:)
SOFIA. Un momento.
Yo diré qué es lo que pasa.
JUAN, LUISA y DIEGO. Usted?
SOFIA. Desde mi aposento
he escuchado la cuestion,
y aunque ustedes me condenen...
JUAN. Y quién tiene la razon?
SOFIA. Todos ustedes la tienen.
TODOS. Cómo!
SOFIA. Por lo que escuché!
yo sóla poner paz puedo
entre ustedes, y lo haré
poniendo fin al enredo.
DIEGO. Hable usted.
SOFIA. (Á Juan.) La que encubierta
en el baile le embromó...
apuesto á que usted no acierta
quién fué? Pues he sido yo.
LUISA. (Á Diego.) Te convences?
DIEGO. Ah! mi bien!
Todo lo comprendo ahora.
BELEN. (Á Diego.) Llevaba razon Belen?
JUAN. (Á Sofía.)
Conque ha sido usted, señora?
SOFIA. Sabiendo lo de la cita
y el disfraz que iba á llevar
al baile esa señorita,
le quise á usted embromar.
Que era usted me figuré...
JUAN. Comprendo.

DIEGO. (Á Luisa.) Mi dicha labras!
JUAN. (Á Sofía.)
Entónces, dígame usté:
toma á broma mis palabras?
SOFIA. Qué pregunta!
JUAN. Ese rubor...
DIEGO. (Á Luisa.)
En cuanto tu padre llegue,
le declararé mi amor.
LUISA. Quiera Dios que no te niegue
mi mano!
BELEN. Pues bueno fuera!
Tú le cuentas lo ocurrido
y accederá.
LUISA. Dios lo quiera!
BELEN. Porque no es tan mal partido.
JUAN. (Á Sofía.)
Ah Sofía! mi deseo
es que premie mi pasion.
(Sofía le alarga la mano.)
Oh! gracias. (Besándola.)
BELEN. (Ap.) Qué es lo que veo?
(Á Juan.)
¿Qué estás haciendo, bribon?
Dios mio, qué avilantez!
JUAN. ¿No lo has visto? No te alteres.
BELEN. Ah!
JUAN. Repetiré otra vez
para que mejor te enteres.
BELEN. Qué cinismo!
JUAN. (Á Belen.) Me arrepiento
de mi pasado.
BELEN. Perdido,
pero y aquel juramento?
si tú estás comprometido!
JUAN. Ven acá: tu furia aplaca
y cese ya tu porfía.
¿Qué es lo que quieres? ¿casaca?
pues hija, ya no hay tu tia.
BELEN. Y así tu labio se atreve...
JUAN. Tras de lo ocurrido anoche
quiero que el diablo me lleve,

pero que me lleve en coche.
Esta será mi pareja. (Señala á Sofía.)

BELEN. Jesus! y yo que pensaba...

JUAN. (Á Sofía.) Bien mio!

BELEN. Se va y me deja,
y decia que me amaba!!

JUAN. (Adelantándose al público en union de Sofía.)
Esclavo de tu belleza,
rinco culto al yugo santo,
dejándome ya de tanto
quebradero de cabeza.
No más belenes ni antojos
que disgustos puedan darme,
ya solo quiero mirarme
en las niñas de tus ojos.
Y puesto que las esposas
quieren ver á sus maridos
en casa, y entretenidos
con los niños y otras cosas;
yo te prometo ante Dios
que tu afan se cumplirá,
y que desde hoy no habrá
nada oculto entre los dos.
Muéstrate, pues, satisfecha
que cumplo lo que prometo:
seré un marido completo
desde la cruz á la fecha.

SOFIA. Dios lo quiera!

JUAN. Ya verás.
Haré lo que tú me ordenes.

SOFIA. ¿No tendremos más BELENES?

JUAN. Jamás, jamás y jamás!

FIN DE LA OBRA.

OBRAS CÓMICAS

DE

D. EDUARDO DE LUSTONÓ.

Un sarao y una soirée, caricatura de costumbres dividida en dos láminas, original y en verso. [1]

¿Silba ó aplausos? juguete cómico en un acto, original y en verso.

La cómico-mania, boceto de malas costumbres, en tres cuadros, original y en verso. [2]

No mas ciegos, juguete lírico en un acto, y en prosa. [3]

En la confianza está el peligro, proverbio en un acto y en prosa. [4]

Belenes, escenas originales de la vida de un soltero, coleccionadas en tres actos.

LIBROS.

Los neos en calzoncillos.

El quita-pesares.

---

1 En colaboracion con el Sr. Ramos Carrion, y música de Arrieta.

2 Idem, idem, con el Sr. Saco. 3 Idem, idem, idem. 4 Idem, idem, idem.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Bailes.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. S Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N, Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Bucetta Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I, Garcia, F. Navarro y J Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin é Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.